

ciudad de Tarraco, poniéndose de manifiesto que la fecha de primera mitad del siglo IV no es sin embargo tan segura como se ha supuesto. J. A. Remolà y J. Sánchez, como ya había publicado el primero de ellos junto a M. Pérez en esta misma revista en 2013 (*AEspA* 86), concluyen una cronología de la primera mitad del siglo V, afectando igualmente este cambio de datación a la interpretación del sitio, considerado dentro de un contexto militar. Una fecha similar argumenta I. Rodà, quien suma los materiales funerarios documentados en Tarraco y las placas de mármol decoradas procedentes de Centcelles para sugerir una fecha de inicios del siglo V y la adscripción del edificio a un personaje civil, que no eclesiástico, cercano al emperador. Las citadas placas marmóreas, posiblemente parte de un sarcófago con columnas, son examinadas de manera completa por primera vez por M. Stanke desde su hallazgo en los años 60. Este investigador las data en el segundo tercio del siglo V, llamando él mismo la atención sobre un aspecto que, más allá de este debate, nos parece fundamental para valorar nuestro verdadero conocimiento sobre Centcelles: el carácter descontextualizado de unas piezas que no pueden relacionarse por tanto directamente ni con la villa ni con las fases que encierra, ni emplearse en consecuencia como argumento datador. En realidad, esta circunstancia rodea no solo a las piezas marmóreas examinadas por M. Stanke, también a gran parte de los materiales revisados, tales como los ya citados de la cerámica (C. Basas), a los que se suman los fragmentos de mosaicos (D. Biedermann) y de restos epigráficos (M. Wegener). Es por tanto el origen incierto de los materiales arqueológicos una de las causas, si no la principal, que hace posible entender el problema cronológico e interpretativo que rodea aún hoy a Centcelles y, al mismo tiempo, el protagonismo secular, pero insuficiente para resolver el debate del mosaico de la cúpula, de su estilo y de su iconografía. Parece que el mosaico nos impide ver el yacimiento.

Como es propio de la serie de Iberia Archaeologica, sobra decir que nos encontramos ante un libro muy bien editado e ilustrado con más de 150 láminas en color y blanco y negro y acompañado de 2 DVD, en los cuales se recogen las láminas publicadas junto a otras tantas ausentes en el formato papel, los planos en pdf, el modelo 3D y un paseo interactivo por la cúpula, generado este gracias a la realización de la documentación 3D con scanner laser del interior (I. Adenstedt, I. Mayer y N. Zimmermann). Cada texto se cierra además con breves resúmenes en alemán, inglés y castellano, los cuales contribuirán sin duda a la consulta de una obra con espíritu de puesta al día.

El mismo formato trilingüe presenta el texto resumen de cierre (J. G. Deckers), el cual recoge las principales ideas vertidas sobre la construcción y el mosaico por los diversos autores, subrayando los muchos temas que quedan abiertos, destacando entre ellos el de la cronología. Precisamente para resolverla, J. G. Deckers plantea lo que denomina como cuatro vías metodológicas: la identificación de los promotores, las características estilísticas, las iconográficas y las excavaciones arqueológicas. En este sentido, debemos recordar que las cuatro vías se han recorrido una y otra vez en el último siglo, siendo la última la que puede ayudar a avanzar siempre y cuando se comiencen a obtener estratigrafías fiables que generen un marco cronológico del que partir. De lo contrario, estas vías nos volverán a llevar a sitios que ya conocemos.

MARÍA DE LOS ÁNGELES UTRERO AGUDO
Escuela de Estudios Árabes, CSIC

DESIDERIO VAQUERIZO GIL, *Cuando (no siempre) hablan "las piedras". Hacia una arqueología integral en España como recurso de futuro. Reflexiones desde Andalucía*, JAS Arqueología, Madrid 2018. ISBN: 978-84-16725-11-3.

Estamos ante un libro valiente, personal, a pesar de estar dedicado a la arqueología, comprometido y necesario en estos tiempos oscuros en los que todavía seguimos viviendo quienes nos dedicamos a esta disciplina. Un libro que nos sitúa ante el proceso de evolución intelectual del autor en una faceta académica e investigadora, quizá menos conocida, aunque ya iniciada en otras obras (Vaquerizo 2013), pero sin la profundidad e intensidad aquí alcanzada.

El libro comienza con un prólogo realizado por Gonzalo Ruiz Zapatero, que es en realidad una excelente recensión (que recomiendo al lector más que esta) llena de sabiduría y compromiso desde la experiencia de quien es uno de los pioneros en la difusión científica y en la divulgación de la Arqueología, amén de reconocido investigador, y que, además, comparte dichos valores con Desiderio Vaquerizo.

Desde el inicio (debería decir exordio, como el autor llama, con buen criterio, porque su objetivo es atraer la atención y preparar el ánimo de los lectores) quedan claras las intenciones: "someter a juicio ajeno una reflexión personal y un tanto intimista sobre cómo ha evolucionado la arqueología española y más en especial la andaluza, desde mediados de los 80; donde radica en mi opinión los problemas que la han llevado a la parálisis cerebral que ahora mismo la aqueja y cuál podría ser el camino, o al menos uno de ellos, para remontar la crisis" (p. 27). Se trata de una visión crítica, que busca comprometerse con su tiempo, entorno, institución y gente (p. 9) desde un subjetivismo coherente (p. 11), porque en esta vida hay que implicarse (p. 16). Lo que podría resumirse en poner en evidencia cómo ha evolucionado el autor (p. 27), aunque en este discurso tenga que dejar sus "entrañas al descubierto" (p. 29). Y esto último, como tampoco lo anterior, es muy recomendable en esta disciplina, que es capaz de desangrarse en enfrentamientos estériles (p. 475).

La primera cuestión que se plantea, y no podía ser otra, en una obra de divulgación científica (con mayúsculas) es saber por qué hemos llegado a la contradictoria situación actual, donde la divulgación es fundamental para justificar el papel social de la Arqueología y sin embargo, las agencias de evaluación y la propia Academia siguen marginándola o minimizándola, considerándola de inferior categoría respecto a la investigación, como algo que parece no requerir esfuerzo ni trabajo previo, cuando en realidad, muchas veces, es más difícil divulgar que investigar, porque en nuestras publicaciones de investigación nos preocupa mostrar los logros de la disciplina, su respetabilidad en la comunidad científica, en un discurso dirigido a nosotros mismos y utilizando un lenguaje que sólo nosotros entendemos, mientras que en nuestra labor de divulgadores debemos dirigirnos a un público interesado (y también entendido), normalmente ajeno a la Arqueología. Para ello debemos salir de nuestro círculo de confort, utilizando un lenguaje entendible y sabiendo que si lo conseguimos, nuestro trabajo –y nuestra disciplina– será valorado socialmente y de ello depende realmente nuestro futuro –y también nuestro presente–.

Esto parece haber sido comprendido perfectamente en el ámbito anglosajón, donde contamos con excelentes profesionales y académicos, que además tienen una contrastada trayecto-

ria divulgadora –valga el conocido y ya clásico ejemplo de Beard (2009; entre otros), entre los numerosos que podrían citarse–, y empieza a intuirse en el ámbito hispano; así, Celestino (2014) también incide en esta misma opinión.

En este sentido hay mucho que agradecer al equipo de Atuerca y la labor de difusión que han realizado, a través de publicaciones y de su relación con la prensa, haciéndonos ver la importancia que tiene dedicar tiempo a esta tarea (p. 132). No obstante, y estando de acuerdo en lo básico de este elogio con el autor, se echa en falta también un visión crítica y bien argumentada sobre esta experiencia, como la de Hochadel (2013), que de forma monográfica analiza este fenómeno (no se puede llamar de otra manera), destacando que ese éxito se ha producido por un muy bien calculado proceso de suministro de información y por una vinculación con un sentimiento de nacionalismo científico español perfectamente articulado desde determinados medios y esferas.

Sin querer pecar de ser optimista, que esa idea de la importancia de la divulgación cale en el mundo académico puede ser cuestión de tiempo, porque es el único camino que nos llevará hacia una sensibilización individual y colectiva por nuestro patrimonio arqueológico y ello contribuirá sin duda a su mejor protección, porque “si amamos lo que conocemos, cuidamos lo que entendemos y nos pertenece” (p. 116). Esta labor educativa es la que llevan décadas realizando otros colectivos, como los grupos de conservación de la naturaleza o de protección de los animales, que han conseguido atraer a la sociedad, educándola, hacia sus campos de interés y hacia sus reivindicaciones (el autor llama la atención precisamente en el capítulo II en que la principal herramienta para la protección no es tanto la ley, que es importante, como la educación), pero para eso se necesita compromiso, salir de nuestra torre de marfil y ser responsables al difundir nuestros conocimientos, no dejando que sean manipulados (Ortega 1999-2000) o dejando de dar importancia al hallazgo por encima del contexto (en un mensaje más propio del coleccionismo que de la Arqueología, y así ser coherentes con nuestro discurso en las aulas; Rodríguez Temiño 2012).

A este respecto hay que recordar el escaso aporte de los arqueólogos al debate periodístico generado en España sobre algunos de los importantes hallazgos producidos en nuestras ciudades, muchos de los cuales fueron eliminados por el bien del progreso (léase un parking en el centro de nuestras ciudades), como muy bien recoge Rodríguez Temiño (2004). No nos sorprendan después (ni nos rasguemos las vestiduras) cuando oímos que alguno de nuestros políticos dice que “el patrimonio es un peso muerto inserto en una marea de burocracia, al que no se puede renunciar, pero que hay que mantener a costa de los presupuestos”; frase dicha por la Consejera de Empleo, Turismo y Cultura de la Comunidad de Madrid en una sesión de la Asamblea de Madrid el 18 de abril de 2013 (p. 114). Quizá una forma de enfocar el tema es, como dice el autor, cambiar la dirección del mensaje y no “mostrar a la sociedad cómo es la Arqueología, sino a los arqueólogos cómo es la sociedad” (p. 117, n. 20).

Ahora bien, esta escasa consideración de la divulgación no es la causa, o al menos no la única o la más importante, de por qué y cómo hemos llegado hasta aquí. La razón es que la Arqueología vivió dentro de una burbuja inmobiliaria, que nos hizo creer otra cosa de lo que realmente era y que ocultó la carencia de inversión pública (p.38, n. 5). Esto se observa, muy bien en el ejemplo de Andalucía (capítulo IV) y de Córdoba (capítulo VIII), que ocupan buena parte del libro, como no podía ser de otra forma para quien lleva toda su vida trabajando

por la Arqueología desde esa ciudad y esa Comunidad Autónoma, y como también se anuncia en el propio título de la obra. Ahora bien, el caso andaluz es, por desgracia, extrapolable a la mayoría de las autonomías españolas y podríamos decir que el de Córdoba también lo es a buena parte de las ciudades con la misma problemática.

Las expectativas y esperanzas iniciales abiertas por la transferencia de competencias pronto se convirtieron en desilusión, debido a una mala gestión administradora, un interés exclusivo por liberar solares o unas empresas que llegaron a la competencia desleal en ocasiones. A lo que hay que añadir la importancia del signo político de las diferentes administraciones públicas, que en el caso cordobés hizo que ayuntamiento, Junta y gobierno del Estado estuvieran controlados por diferentes partidos políticos, y esa situación, que no es tan infrecuente en España, no sólo no facilita el desarrollo de las iniciativas culturales y de investigación, sino que contribuye a su parálisis.

En este análisis, según el autor, y estamos de acuerdo con él plenamente (como ya hemos expuesto recientemente: Barcelona y Cisneros 2016), merece especial atención el papel desempeñado por la administración y sus gestores –que en ocasiones fueron aquellos que no pudieron entrar en la universidad–, y su continuada dejación de funciones; por la universidad, a la que se le vio como competencia desleal, más interesada en sus investigaciones y en unos planes de estudio que producen titulados, aunque no siempre bien cualificados para el trabajo arqueológico, en especial en las ciudades (aunque esto podría paliarse en la actualidad con los grados y másteres en Arqueología, si bien ello puede generar otro problema, alumbrando arqueólogos de primera y de segunda); por los arqueólogos profesionales, que no pensaron en su futuro y siguieron dedicados a una profesión no incluida en el Catálogo específico del Ministerio de Trabajo –no deje de ser una paradoja que uno sea profesional de una profesión que no existe oficialmente–, y por las empresas, más preocupadas en obtener un beneficio que por la publicación de resultados, no incluida habitualmente en el precio de la obra.

Bien es cierto que ha habido honrosas excepciones, que han sacado el trabajo con un esfuerzo añadido, personal, no remunerado. Entre ellas podemos citar, como ejemplo, las excavaciones del Paseo de la Independencia de Zaragoza (Gutiérrez González 2006) o las del castro de Peña Amaya (Quintana 2017), por ponernos en situaciones diferentes, urbanas y rurales, sin que nadie se ofenda si no es mencionado, además de las que recoge el autor. El resultado de todo ello es bien conocido: años de tierras removidas, escasa información arqueológica, toneladas de materiales depositados en los museos (en el mejor de los casos), de evidencias desaparecidas (p. 163-170) y de “floreros arqueológicos o rutas del despilfarro”, como Vaquerizo señala (p. 405-435). En resumen, un panorama reflejo de un escaso interés por la arqueología y por su papel social, que llevó a que nuestra disciplina fuese vista como un freno al desarrollo y al avance de las ciudades.

Opinión que podría cambiar radicalmente, por el bien de la consideración de la profesión, si se publicase, se pusiese en valor y se difundiese todo lo excavado (yo me conformaría sólo con la mitad). Quizá así la sociedad, o una parte de ella, no nos vería como una rémora, contribuiríamos a que conociese su pasado y lo pudiese proteger (p. 157, n. 24).

Con todos estos antecedentes, no debe sorprender al lector, llegado a los capítulos VI y VIII, que el autor defienda un nuevo tipo de arqueología, basado en el principio de la cultura emprendedora, consciente de su enorme potencial social y eco-

nómico. Pero esta defensa no sólo es a nivel teórico, un *desideratum*, sino que es una realidad: el proyecto “Arqueología somos todos”, emanado del grupo de investigación Sísifo de la Universidad de Córdoba, que el autor dirige, con la intención de trasladar el modelo al ámbito universitario, para que esta institución sea faro y no vagón de cola (p. 211, n. 6). Un proyecto abierto y permeable, capaz de reivindicar la didáctica de la arqueología como un campo de trabajo más junto a la docencia, la investigación o la gestión, pero siendo consciente de que detrás de toda difusión hay una labor de investigación que es irremplazable y de que es necesario adaptar los objetivos a los diferentes niveles y a la multiplicidad de formatos posibles para llegar al más amplio espectro de población, porque la pretensión última es que los mensajes sean comprendidos, asumidos e incorporados (p. 229-231).

Un proyecto en el que se resume el ideario defendido por el autor en toda la obra: “transferir a la sociedad el conocimiento generado por su investigación, convencidos...de que si la ciudadanía percibe y entiende lo que la arqueología representa en toda su dimensión aprenderá a respetarla, cuidarla, defenderla y también apoyarla, hasta asumirla como algo necesario de lo que no se puede ni debe prescindir por considerarla parte de ella, símbolo de su identidad y de orgullo y recurso de futuro” (p. 415). Un proyecto transversal, multidisciplinar e intersocial (p. 417), que busca “erradicar la falsa y perversa dicotomía entre arqueología de gestión y de investigación” (p. 418), transitando por la vía de la llamada arqueología pública; aquella que busca gestionar el conocimiento desde el más absoluto compromiso, haciendo partícipe del mismo tanto a la comunidad científica como a la sociedad que la sostiene y al entorno en el que desarrolla su labor (p. 326). Y, lo que es más importante, un proyecto que es ejemplo para otros que se están desarrollando en España, algunos de los cuales son recogidos en el capítulo VII.

Aunque nosotros hayamos optado por centrarnos en estos temas, el libro aborda también otros importantes, y de forma intensa, como: la profesión de arqueólogo (capítulo V) y lo que significa y representa serlo (p. 514-516); el mundo académico o todo lo que la sociedad debería saber sobre él y alguna cosa más que no nos atrevemos a decir (p. 60-70 y capítulo IX), la didáctica y puesta en valor del patrimonio arqueológico y también el olvido sufrido por muchos yacimientos (capítulo VI) o el uso social de la arqueología (capítulo VII).

El último capítulo resume perfectamente las diferentes ideas desarrolladas en el libro, remarcando la necesidad de empezar un diálogo entre los practicantes de esta disciplina, de buscar vías de consenso (aunque estemos acostumbrados sólo a oír este término en el debate político español) y criterios de rigor, solvencia, ética, de democracia en suma, o si no de seguir “devo-rándonos sin piedad entre nosotros” (p. 497-518), para alegría de políticos e indiferencia de la sociedad.

No quiero terminar sin mencionar una cita que recoge Bate (1998) al inicio de su obra: “Quien teme que le roben una idea teme, en realidad, no ser capaz de producir otras nuevas”. Desiderio Vaquerizo ha demostrado que no tiene por qué temer el desprecio de algunas instituciones respecto al proyecto “Arqueología somos todos”, ni que algunos estamentos copien la idea sin citar su origen (p. 431), porque ha demostrado que es capaz de tener ideas (y buenas) y de desarrollarlas; el problema lo tienen quienes no son capaces de generarlas.

En resumen, un libro de lectura obligada para todas aquellas personas que tengan relación con la Arqueología, se trate de profesionales, aficionados o amantes de la misma, pero sobre

todo para nuestros alumnos, porque con él no sólo pueden aprender la realidad (una realidad) de la disciplina, sino también y especialmente a reflexionar sobre aspectos que pueden marcar nuestro futuro (su futuro) si quieren seguir este camino de espaldas en el que de vez en cuando se encuentra alguna rosa.

BIBLIOGRAFÍA

- Barcelona, J. y Cisneros, M. 2016: *Vestigios y palabras. Arqueología y Derecho del patrimonio arqueológico*, Santander.
- Bate, L. F. 1998: *El proceso de investigación en Arqueología*, Barcelona.
- Beard, M. 2009: *Pompeya. Historia y leyenda de una ciudad romana*, Barcelona.
- Celestino, S. 2014: *Tarteso. Viaje a los confines del Mundo antiguo*, Madrid.
- Gutiérrez González, F. J. 2006: *La excavación arqueológica del paseo de la Independencia de Zaragoza*, Madrid.
- Hochadel, O. 2013: *El mito de Atapuerca. Orígenes, Ciencia y Divulgación*, Barcelona.
- Ortega, J. M. 1999-2000: “Dilemas de la democracia: ‘expertos’, celtíberos y neo-nazis”, *Kalathos* 18-19, 107-123.
- Quintana, J. 2017: *El Castro de Peña Amaya (Amaya, Burgos): del nacimiento de Cantabria al de Castilla*, Santander.
- Rodríguez Temiño, I. 2004: *Arqueología urbana en España*, Barcelona.
- Rodríguez Temiño, I. 2012: *Indiana Jones sin futuro. La lucha contra el expolio del patrimonio arqueológico*, Madrid.
- Vaquerizo, D. 2013: *Córdoba, a pie de tierra*, Córdoba.

MIGUEL CISNEROS CUNCHILLOS
Departamento de Ciencias Históricas,
Universidad de Cantabria

MONTserrat CLAVERÍA (COORD.), *Viri Antiqui*, Sevilla, 2017, 296 pp. ISBN: 978-84-472-1889-9.

Rememorar la Antigüedad a partir de testimonios de tiempos posteriores es una actividad secular, que ha dado siempre resultados fructíferos. La rememoranza hecha a partir de creaciones artísticas modernas es la forma más común a causa de la proliferación de las inspiradas o derivadas de obras antiguas, muy en especial entre los siglos XV-XIX. Bustos, retratos, relieves, medallones, monedas alcanzan a su vez la primacía entre las obras artísticas que en la Modernidad remiten directamente a la Antigüedad, de donde su interés para arqueólogos, historiadores, historiadores del arte y para todos cuantos se interesan por el estudio de estas obras desde diversos ámbitos de investigación.

Estas premisas se cumplen puntualmente en la obra *Viri Antiqui*, que con gran acierto y oportunidad ha coordinado Montserrat Clavería. La Universitat Autònoma de Barcelona ha convertido los análisis sobre la *antiquaria* en uno de sus campos científicos de identidad y la actividad desplegada por esta investigadora es y ha sido fundamental para la consolidación de dichos estudios y para su conversión en una especialidad reconocida.

El título de la obra reseñada abre la visión hacia el fenómeno de la preeminencia del retrato masculino elaborado en materia-